



Reseña de RYRIE, A., (2019). *Unbelievers. An Emotional History of Doubt*, Cambridge-Massachusetts: Harvard University Press. 262 pp. ISBN 978-0-674-24182-4.

Jimena Tcherbbis Testa*
Universidad Torcuato di Tella -
CONICET, Argentina
jime-tt@hotmail.com

Recibido: 10/02/2020

Aceptado: 12/03/2020

PALABRAS CLAVE: cristianismo; incredulidad; ateísmo; emoción; ética.

KEYWORDS: Christianity; unbelief; atheism; emotion; ethics.

Unbelievers. An Emotional History of Doubt busca dar respuesta al interrogante acerca del surgimiento de la incredulidad religiosa y, a través de ella, a la comprensión del proceso de secularización que ha atravesado Occidente construyendo una original explicación historiográfica. Alec Ryrie, reconocido historiador británico de la cultura protestante, invita al lector a pensar a la duda como parte de la creencia y, por tanto, analizarla desde una perspectiva emocional y no racional.¹ En ese sentido, el historiador

* ID ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2419-2655>

¹ Alec Ryrie es profesor de *Historia de la Cristiandad* en la Universidad de Durham, co-editor del *Journal of Ecclesiastical History* y presidente de la *Ecclesiastical History Society*. Es además autor de las

estudia la incredulidad como aspecto cultural de la religión que, paradójicamente, habilitó la creación de espacios de sociabilidad secularizados y, sobre todo, dio paso a la distinción de lo moral de lo religioso.

En cierto modo el libro parte de una preocupación situada en el presente: la manera en la que lo religioso habita en nuestra sociedad. En efecto, el autor explicita su lugar de enunciación en tanto historiador de la cultura protestante y ministro laico con licencia de la Iglesia de Inglaterra que, confiesa, en su juventud ha experimentado la ansiedad de la duda. No se trata, pues, de una interpretación interesada en negar la persistencia de la “voz religiosa” en la opinión pública actual sino, por el contrario, de comprender el modo en que la incredulidad pudo hacerse pública en el seno de la sociedad cristiana occidental.

En ese sentido, Ryrie cuestiona la interpretación que responsabiliza a la filosofía del siglo de las Luces por el surgimiento de la incredulidad y, más aún, del ateísmo. Sucede que su análisis no se instala en la historia intelectual del ateísmo como sistema de ideas sino en la reconstrucción de la incredulidad como práctica que, propone demostrar, se retrotrae a un período anterior al siglo XVIII. Ryrie propone una historia emocional del ateísmo sin que ello, advierte, implique considerar al ateísmo como un fenómeno irracional. El libro argumenta que la incredulidad surge de dos emociones compartidas y convergentes, la ira y la ansiedad, que se despliegan al calor de la Reforma Protestante en la medida en que la duda se convirtió en arma de la batalla por las creencias que se inauguró en el siglo XVI. La Reforma, argumenta el historiador, convirtió a la duda, producto de la ira contra la Iglesia establecida, en arma de debate teológico capaz de minar el poder del catolicismo, a la vez que el proceso abierto por el cuestionamiento protestante, en su multiplicidad de expresiones, transformó a la experiencia religiosa en una búsqueda ansiosa por una “auténtica fe”. El autor se propone así reconstruir el modo en que la duda y la creencia se dieron forma mutuamente a través de una diversidad de testimonios de la sociedad medieval y moderna, principalmente inglesa, aunque sin considerar el rol que otras religiones han tenido en el proceso. Si bien el autor justifica lo que reconoce como una aproximación “eurocéntrica y cristiano-céntrica” a su objeto de estudio (apoyándose en el hecho de

obras *Protestants: The Faith That Made the Modern World; Being Protestant in Reformation Britain* (ganadora del Premio Richard L. Greaves) y *The Sorcerer's Tale: Faith and Fraud in Tudor England*.

que la secularización no es un fenómeno global), permanece el interrogante acerca de cuál pudo haber sido el rol de las otras religiones en aquel proceso.

La obra se compone de una introducción y seis capítulos en los que se analiza la problemática a través de una variedad de testimonios: predicadores, poetas, ensayistas, dramaturgos, publicistas y las voces menos conocidas de quienes poblaron las cortes, interpelan al historiador. Pero es, a su vez, el propio lector quien es interpelado por el autor en la propuesta de un esfuerzo imaginativo de retrotraerse a las emociones que se experimentaban en aquellas sociedades que nos pueden resultar tan lejanas. Por cierto, la trama narrativa de la obra logra su propósito en la medida en que su lectura resulta amena y atractiva.

En el primer capítulo se analiza la incredulidad como fenómeno de la imaginación medieval, surgida de la ira contra Dios y sus representantes, que tendía a suscitar el rechazo al principio de la inmortalidad del alma y al providencialismo, tal como se manifestaba en las recurrentes blasfemias de la época. En ese sentido, Ryrie analiza distintos espacios donde Dios podía ser, sino negado, al menos desplazado: el consultorio médico y las tabernas constituían, argumenta, “espacios secularizados” de la sociabilidad medieval. Ryrie cuestiona así el supuesto historiográfico de que el ateísmo en tiempos pre-modernos era un imposible pues advierte que aun cuando el término “ateísmo” no existía sí estaba presente en la práctica la idea de que la religión constituía un “truco”. Una idea que, lejos de debilitar el mundo religioso, parecía reforzarlo y sobre la cual los pensadores del Renacimiento, como Maquiavelo, insistirían promoviendo una secularización de otro espacio, “la cámara del Consejo”, aunque no así de la comunidad de gobernados en la medida en que se concebía que el propósito de la religión era la construcción de un Estado fuerte. El Medioevo aparece así descripto como una “era de sospecha” donde la incredulidad no era una práctica ajena en la imaginación de los hombres.

En el capítulo dos se aborda el problema de la incredulidad durante la Reforma Protestante argumentando que la misma no fue tanto una consecuencia de la Reforma sino más bien un arma de la batalla por las creencias que se libró desde entonces. El escepticismo fue así un elemento fundante de la crítica protestante contra el catolicismo y al mismo tiempo podía conducir a los individuos hacia la fe. El pensamiento de

personajes como Michel de Montaigne, William Chillingworth y Thomas Browne, junto a testimonios menos conocidos, son aquí analizados.

Por su parte, en el capítulo tres se estudia el modo en que en la sociedad europea del siglo XVII emerge el estereotipo del ateo a través del análisis no solo de prédicas sino también de obras de teatro producto de las plumas de Christopher Marlowe, Cyril Tourneur, John Ford. Ryrie argumenta que en los testimonios parecen distinguirse dos modelos de ateos: aquellos que no creen en Dios (ateos especulativos) y aquellos que, como lo demuestran sus prácticas, actúan como si Dios no existiera (ateos prácticos); distinción que, señala, se irá tornando cada vez más borrosa. En aquellos escritos el ateo se representa, ante todo, como un hombre de buena posición social con una postura ética propia que suponía un desafío a la autoridad moral imperante en las iglesias. El ateo no era, pues, una persona “amoral” sino una que fundamentaba su propia moral aludiendo a menudo a las leyes de la naturaleza. De modo que lo moral podía no ser religioso, como de hecho lo demostraban los valores del mundo clásico enaltecidos por el Renacimiento. Allí, estimamos, radica la contribución principal y más atractiva de la obra: la reconstrucción del modo en que la incredulidad descubrió su propia ética.

En el cuarto capítulo el autor analiza la otra emoción que converge en la incredulidad: la ansiedad por la búsqueda de la “fe auténtica”. Ryrie argumenta que para los hombres de aquella época creer era concebido como algo racional, pues comprendían a la razón no como un método lógico sino un poder de percepción. Emerge así, en la batalla por las creencias, la figura del ateo que no desea que Dios no exista, sino que teme su inexistencia. La centralidad de la fe para el protestantismo acrecienta, advierte Ryrie, aquel temor que caracterizará especialmente a la experiencia religiosa de los puritanos. En efecto, el historiador analiza diarios, autobiografías y correspondencias de protestantes de la Inglaterra del siglo XVII y advierte el temor que allí se confesaba en torno al surgimiento de pensamientos ateos, aquellos dirigidos a cuestionar la inmortalidad del alma o la autoridad de la Biblia.

Por su parte, el capítulo quinto analiza el modo en que la búsqueda de la “auténtica fe” podía conducir a su pérdida, en la medida en que, argumenta, solo aquellos que estaban preocupados por creer dudaban. Ryrie estudia, al respecto, las distintas expresiones del protestantismo no ortodoxo existentes durante el siglo XVII. El escenario de la guerra civil inglesa en el que se desenvuelven aquellas experiencias no

es solo una guerra de religión sino, argumenta el autor, una guerra de irreligión donde el término ateo se esgrimía como insulto en contra del adversario. Si bien Ryrie señala que abandonar la ortodoxia no implicaba necesariamente una profesión de ateísmo (pues se podía renunciar a la religión como un acto de fe), argumenta que la duda persistente en la que se basaba el radicalismo producía un efecto semejante al construir una moral propia al margen del dogma.

Finalmente, en el último capítulo el autor presenta sus conclusiones. La historia emocional de la duda que la obra ofrece concluye alrededor del año 1660 cuando, argumenta, la incredulidad deja de ser únicamente una práctica para transformarse en un sistema de ideas filosóficas. Es precisamente la historia emocional que subyace a aquella historia intelectual la que el historiador ha reconstruido a lo largo de su obra. A pesar de que su investigación no se instala en la historia conceptual, Ryrie reconstruye el modo en que la práctica de la incredulidad se comenzó a asociar, de modo ambiguo y por cierto elástico, con el término “ateísmo” insistiendo en el significado diverso que los términos, como “razón”, tenían en el pasado. Si bien la propuesta del autor es convincente al momento de reconstruir la emoción de la incredulidad, podría resultar de interés una reflexión a propósito de la relación entre el ateísmo y el agnosticismo que, si bien es un concepto forjado en el siglo XIX, su significado, como admite Ryrie, bien podría describir de mejor modo muchas de las posturas de los actores estudiados. Es que el lector podría preguntarse, a raíz de los testimonios ofrecidos, si el rechazo de una práctica religiosa implica, necesariamente, la negación de Dios (no deja de ser llamativo que en el título de la obra el término ateo se encuentre ausente). En efecto, como demuestra Ryrie, la duda y la fe se dieron forma mutuamente.

De este modo, a través de un atractivo y original análisis, la obra cumple su objetivo al reconstruir las raíces emocionales del ateísmo examinando la manera en que la incredulidad minó, a través de la práctica de la duda, el monopolio religioso de lo moral en sociedades donde la creencia continuó teniendo una voz pública.